

Historia Moderna: Europa, África, Asia y América

MARINA ALFONSO MOLA
CARLOS MARTÍNEZ SHAW

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

HISTORIA MODERNA: EUROPA, ÁFRICA, ASIA Y AMÉRICA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid 2015

www.uned.es/publicaciones

© Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw

ISBN electrónico: 978-84-362-7059-4

Edición digital: julio de 2015

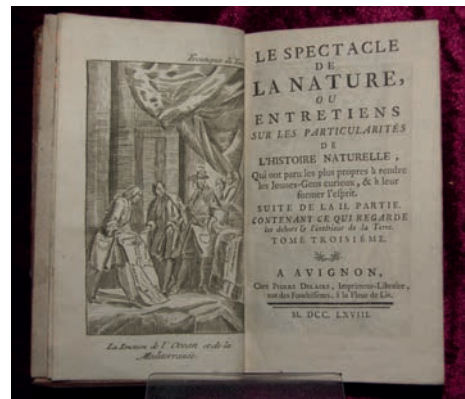
La cultura de la Ilustración

1. El desarrollo de las ciencias naturales
2. El enciclopedismo
3. El pensamiento político
4. El pensamiento económico
5. El proceso de descristianización
6. El arte del siglo XVIII: barroco, rococó, clasicismo y neoclasicismo
7. La presión sobre la cultura popular

1. EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS NATURALES

La inserción de la naturaleza y el progreso como ingredientes de la nueva ideología ilustrada contribuyó al aumento del interés por los conocimientos científicos y a la asunción de la práctica científica por amplias capas de la sociedad, ya fuera a través de los experimentos como pasatiempo (la física recreativa se incorporó a las veladas de los salones aristocráticos y burgueses), ya fuera como espectáculo (según se refleja en el significativo título de la obra del abate **Noël-Antoine Pluche**, *Spectacle de la nature*, 1732-1750), que podía disfrutarse en los laboratorios, los gabinetes de máquinas, los gabinetes de historia natural y los jardines botánicos. Especialmente despertaron interés los fenómenos eléctricos gracias a los descubrimientos del estadounidense **Benjamin Franklin** (el constructor del primer pararrayos) y de los italianos **Luigi Galvani** y **Alessandro Volta** (el descubridor de la pila eléctrica, 1800).

Por otra parte, el progreso científico, influido por la nueva mentalidad, se plasma en los diversos campos. Las matemáticas avanzan de la mano de **Jean Bernoulli**, padre del cálculo exponencial, **Daniel Bernoulli**, uno de los fundadores de la hidrodinámica, y su discípulo **Leonhard Euler**, que aplicó el análisis matemático a la ciencia del movimiento. La geometría pasa a ser una ciencia independiente gracias a los trabajos de **Gaspard Monge** (1746-1818), que enuncia los teoremas de la geometría analítica de tres dimensiones, o de **Alexis Clairaut**, que predijo con una aproximación de quince días el paso del astro Halley por el perihelio. En física aparecen las diversas escalas para medir la temperatura: en Inglaterra gracias al alemán **Daniel Fahrenheit**, en Francia gracias a **René Réaumur** y en Suecia gracias a **Anders Celsius**. Por su parte,



Noël-Antoine Pluche:
Spectacle de la nature, Aviñón, 1768.



Experimento sobre la respiración humana efectuado por el matrimonio Lavoisier. Ilustración del *Traité élémentaire de Chimie* de Antoine-Laurent Lavoisier, París 1789.

Antoine-Laurent Lavoisier (*Traité élémentaire de chimie*, 1789) fue la principal figura en esta disciplina. Ahora bien, la culminación de las diversas formulaciones científicas está constituida por la *Exposition du système du monde* (1796), el *Traité de mécanique céleste* (1799-1825, 5 volúmenes) y la *Théorie analytique des probabilités* (1812), del astrónomo, matemático y físico francés **Pierre-Simon, marqués de Laplace**, que expuso, basándose

exclusivamente en la razón, la hipótesis cosmogónica (más concretamente del sistema solar) prescindiendo de cualquier hipótesis sobrenatural.

El campo de conocimientos más característico de la Ilustración es el de las ciencias naturales. El sistema de catalogación binaria (género y especie) fue ideado por el médico y naturalista sueco **Carl von Linné** (*Systema Naturae*, 1731) y perfeccionado por el francés **Georges Louis Leclerc conde de Buffon**, cuya magna obra (*Histoire Naturelle*, 1749-1789) refleja el optimismo de la Ilustración, puesto que siguiendo el método de la observación científica trató de probar el orden existente en la naturaleza y la capacidad del hombre para actuar sobre la misma. Por otra parte, la centuria (tal como veremos enseguida) se define también por las grandes exploraciones organizadas con el propósito fundamental de acercarse a la historia natural de los otros mundos.

Finalmente, la figura de **Mijaíl Lomonósov** resulta de difícil clasificación, por ser en palabras de Pushkin «una universidad en sí mismo» (médico, físico, químico, geólogo, astrónomo, poeta, teórico literario). Promotor de la universidad de Moscú (fundada en 1775) y auténtico emblema del científico ilustrado, fue el gran modernizador de la medicina de su país. A su lado, pueden figurar algunos otros notables médicos, pero en todo caso la culminación del avance terapéutico se produce con el descubrimiento de la vacuna antivariólica por el inglés **Edward Jenner** (1796).

2. EL ENCICLOPEDISMO

El Setecientos si por algo se caracteriza es por ser un siglo divulgador de los conocimientos, y la *Enciclopedia* es su paradigma, prolongación de las conquistas anteriores, síntesis de conocimientos y vehículo de difusión de las ideas nuevas,

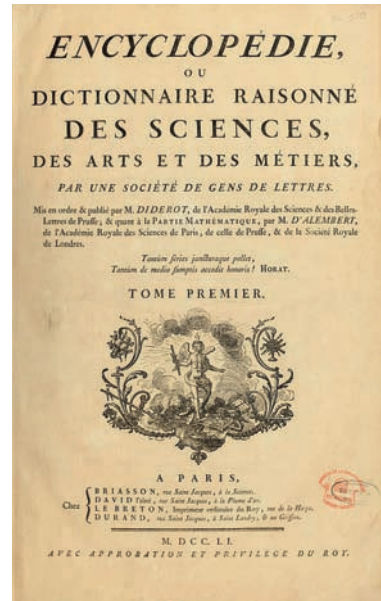
pudiéndose definir como una «prudente apología del progreso humano, separada de todo dogma y de toda autoridad», según la expresión de Robert Mandrou.

En 1745 el librero-impresor **André François Le Breton** obtuvo una licencia real para publicar una traducción y adaptación de la obra de **Ephraim Chambers** *Cyclopaedia*, poniéndose en contacto con **Denis Diderot** y **Jean d’Alembert**. No obstante, la empresa que acometió Diderot fue más allá de una mera traducción, ya que se elaboró una obra autónoma en la que se reunieron los conocimientos de la época, naciendo la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, cuyo primer volumen apareció en 1751, teniendo ya una tirada asegurada de casi 4.000 suscriptores. Entre esta fecha y 1772, pese a las sucesivas interrupciones a causa de los problemas internos y las prohibiciones de las autoridades, aparecieron un total de 17 volúmenes de texto y 11 de láminas (donde destaca la labor del dibujante **Louis-Jacques Goussier**). Entre 1776 y 1780 se publicó un suplemento compuesto por cuatro volúmenes de texto, otro de láminas y dos más como índice general, a cargo del librero

Charles-Joseph Panckoucke: este suplemento es la *Encyclopédie Méthodique*, que recogía y actualizaba los conocimientos técnicos de la anterior.

Jean d’Alembert fue el elemento clave en la coordinación de los artículos científicos y autor del «Discurso preliminar», un himno al progreso técnico, donde explicitó el planteamiento general y la doble finalidad de la obra: informativa (a través de la difusión del saber de forma sistematizada) y generadora de polémica ideológica (rechazo de la autoridad y la tradición en nombre del progreso). **Denis Diderot**, por su parte, se encargó de la dirección de la publicación, coordinando las aportaciones de unos 130 colaboradores.

Desde el principio la obra causó gran escándalo, suscitó violentos ataques y contó con la oposición de los defensores del Antiguo Régimen, puesto que, como afirma Albert Soboul, «los representantes más audaces del pensamiento burgués hacían de la empresa de Le Breton un arma en la lucha por el triunfo de la razón». Así, fue condenada por los jesuitas (*Journal de Trévoux*), por los jansenistas (*Nouvelles ecclésiastiques*), por la alta aristocracia y por el Parlamento de París, así como censurada por la Sorbona, abandonada por uno de sus direc-



Denis Diderot y Jean d’Alembert: *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, París, 1751.

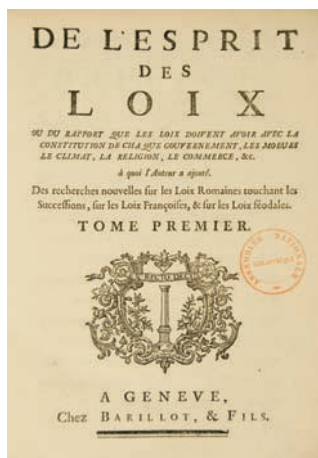
tores y mutilada por su editor. Sólo gracias a la enérgica dirección de **Diderot** se explica que la empresa saliera adelante. Las sucesivas prohibiciones se vieron atemperadas por el apoyo de algunos personajes influyentes en los medios oficiales como la **marquesa de Pompadour** y **Chrétien-Guillaume de Lamoignon de Malesherbes**.

El éxito de la *Enciclopedia* fue considerable dada su enorme difusión, ya que se publicó traducida y adaptada en varios países. Su influencia en la historia radica en haber sido instrumento de lucha ideológica y expresión de la actitud intelectual de la época. En efecto, la *Enciclopedia* demuestra por sí sola el impulso revolucionario del pensamiento racional. Además, al ser un compendio o síntesis de la cultura dieciochesca, su contenido permite conocer las pautas ideológicas y los saberes técnicos de la centuria.

3. EL PENSAMIENTO POLÍTICO

Charles de Secondat, barón de la Brède y de Montesquieu iniciaría su reflexión política con la publicación (en 1734) de sus *Considération sur les causes de la grandeur des Romains et leur décadence*. Para el filósofo francés, la marcha de la humanidad no está regida ni por la fortuna, ni por los individuos, ni por las causas particulares o accidentales, sino por una serie de factores generales, entre los que enumera el clima y el medio geográfico, que a su vez determinan las costumbres y las instituciones jurídicas y políticas de los Estados. Esta fundamentación, de gran influencia en el siglo, convierte a **Montesquieu** en uno de los grandes teóricos de la historia y en uno de los fundadores de las ciencias sociales.

Más adelante, en 1748, el pensador francés escribiría su obra clave, *De l'Esprit des Lois*, considerada el primer gran tratado de ciencia política en el sentido moderno. **Montesquieu** se inspiraba en la experiencia inglesa para diseñar un sistema de gobierno capaz de conjugar el orden con la libertad, que preservase la soberanía nacional evitando al mismo tiempo la concentración de la autoridad mediante un reparto de atribuciones entre diversas instancias (el rey, la nobleza y el pueblo) y que dividiese sus funciones entre los respectivos poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. En suma, **Montesquieu** proponía una forma moderada de gobierno que pudo ser aceptada tanto por los reformistas que actuaban en el seno de los estados absolutistas como

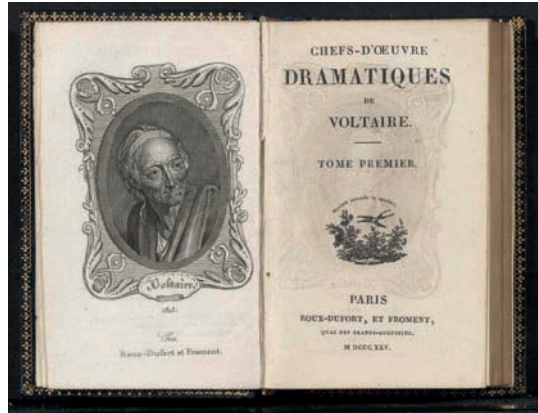


Montesquieu: *De l'Esprit des Lois*, Ginebra, 1748.

por los filósofos ilustrados, que secundaron sus ataques contra la tortura, la esclavitud, el fanatismo y la tiranía.

En una línea crítica más general y menos sistemática, François-Marie Arouet, Voltaire, atacó el régimen político de su tiempo (fuente de abusos e injusticias), así como las religiones establecidas (fuente de fanatismo). Pese a que la obra volteriana no sea la más profunda de la filosofía ilustrada, su huella y el alcance de su crítica social no tienen parangón en la cultura de su tiempo. Su pensamiento político se expresa muy particularmente en sus *Lettres philosophiques* o *Lettres anglaises* (1734), que causaron un gran escándalo entre las autoridades francesas, que se sintieron ofendidas por la suposición de que las instituciones inglesas fuesen superiores a las propias. Su destierro en Inglaterra (1726) durante tres años generó su profunda anglofilia, basada en la conciencia de la dignidad de que gozaban los hombres de ciencia y los intelectuales, así como en los criterios de apertura de miras gracias a las renovadas tradiciones liberales del régimen parlamentario, a la convivencia de la *gentry* y la burguesía, a la libertad de prensa y a la tolerancia religiosa, valores todos ellos bien afianzados en el ambiente cultural británico. Su discurso pretendía difundir en el resto de Europa la idea de los beneficios de la libertad y poner en guardia sobre el peso del absolutismo intolerante, por el que Francia no podía constituirse en un ejemplo político a seguir.

El absolutismo político iba de la mano de la intolerancia religiosa. Así, su novela *Candide* (1759) constituye no sólo una obra maestra de diatriba social, sino una sátira devastadora dirigida contra la aceptación literal de la aseveración de Leibniz de que «ningún otro mundo podría ser mejor que el mundo real creado por Dios», es decir, un alegato contra el optimismo providencialis-



Voltaire: *Chefs d'oeuvre Dramatiques*, París, 1825.



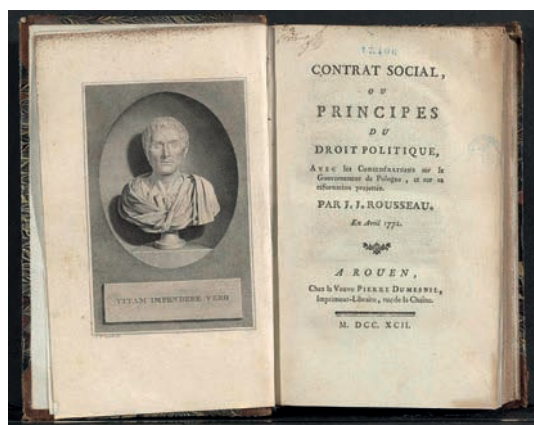
Voltaire: *Candide*, París, 1759.

ta. Del mismo modo, cuando en 1759 lanzó por primera vez su famoso grito de guerra contra el fanatismo religioso («*Écrasez l'infâme*»), se refería no sólo a los males resultantes de la intolerancia y la superstición, sino también al abuso de poder en cualquiera de sus formas. Hombre poco especulativo y apegado a las realidades concretas, su pensamiento se nutre de su convicción en el progreso, su sincero amor a la humanidad y su rechazo del despotismo, la guerra, la intolerancia y la tortura, y así se convierte en el referente de la burguesía liberal y en el epítome del librepensamiento y de la actitud crítica frente a la sociedad, la religión y la práctica política de la época.

Ya avanzada la segunda mitad del siglo, los espíritus se escindieron, pues si muchos permanecieron fieles a la Ilustración moderada, otros radicalizaron el movimiento, poniendo en cuestión los efectos del mero reformismo y pronunciándose a favor de un cambio más profundo de la vida política. Uno de los primeros representantes de ese inconformismo fue **Jean-Jacques Rousseau**, cuyas ideas pertenecen, en muchos sentidos, a la era revolucionaria que siguió a la Ilustración. Una circunstancia que no pasó inadvertida a los coetáneos, pues, como escribió Goethe, «con Voltaire termina un mundo, con Rousseau comienza otro». Para unos, Rousseau era el profeta de un mundo natural, más libre y justo, mientras que para otros era un exaltado utópico, incluso un extremista peligroso.

Su *Discours sur les Sciences et les Arts* (1750) aporta claves para entender su reticencia frente al optimismo racionalista con respecto al progreso de la civilización. Del mismo modo, su escepticismo acerca de los beneficios de la vida en sociedad para el progreso de la naturaleza humana aflora en el *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1754). Su principal obra de pensamiento político es, sin embargo, *Du Contrat Social* (1762), publicada

después de su ruptura con los enciclopedistas. Los hombres que quieran vivir en una sociedad justa han de «encontrar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común a la persona y los bienes de cada asociado, mediante la cual cada uno, al unirse todos, no obedezca sin embargo más que a sí mismo, y quede tan libre como antes». Esa forma de asociación es el contrato social, en el cual «cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su po-



Rousseau: *Du Contrat Social*, Rouen, 1792.

der bajo la suprema dirección de la voluntad general; y recibimos, además, a cada miembro como parte indivisible del todo». El contrato social tenía, pues, por objeto la formación de una sociedad que garantizase la persona del ciudadano y sus bienes, de modo que cada individuo, uniéndose con los otros, continuase siendo libre. Este pacto social partía de la voluntad general de la comunidad, entendida como asociación espontánea y natural de los hombres, de modo que «la voluntad general es siempre recta y tiende siempre a la utilidad pública».

Du Contrat Social es la obra rousseauiana que más impacto ha tenido en el pensamiento político y uno de los textos revolucionarios más importantes de la historia europea. Se la ha llamado la carta magna de la democracia, al postular la soberanía popular (voluntad de la mayoría), garantizar los derechos naturales del individuo y armonizar la inalterable libertad del individuo con las obligaciones derivadas de su incorporación a la sociedad. El Estado, nueva agrupación social, se sustentaba en la voluntad de los ciudadanos (hombres iguales, libres y buenos), convirtiéndose la voluntad general en el único principio moral de las acciones. El pueblo era, por tanto, el único depositario de la soberanía (suma de las libertades individuales), de donde la democracia resulta la mejor de las formas de gobierno.

4. EL PENSAMIENTO ECONÓMICO

La especialización de las diversas ramas del conocimiento científico es una de las características del siglo de las Luces. Si bien esta especialización es mucho más notoria en las ciencias naturales que en las humanas, en éstas es también perceptible. La economía fue una de las primeras en adquirir un perfil propio gracias al movimiento intelectual francés de la fisiocracia. La escuela fisiocrática (de fisiocracia o gobierno de la naturaleza) tuvo como primer teorizador a François Quesnay (*Tableau économique*, 1758), al que siguieron muchos otros nombres prestigiosos, como los de Victor Riqueti marqués de Mirabeau (*Théorie de l'impôt*, 1760), Henri Louis Duhamel du Monceau (*Éléments d'agriculture*, 1762), Pierre Dupont de Nemours (*Reflexions sur le livre intitulé 'Richesse de l'État'*, 1763), Jacques Turgot (*Reflexions sur la formation et la distribution des richesses*, 1766) y Pierre Paul Le Mercier de la Rivière (*L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, 1767). La doctrina fisiocrática gira en torno a la idea central de que la renta de la tierra es la única fuente verdadera de la riqueza, más la libertad de comercio como orden natural de la economía (*laissez faire, laissez passer*) y el gravamen sobre la renta percibida por los propietarios como impuesto único (*impôt unique*). La doctrina llevaba aparejada una propuesta política: aumentar la productividad en el campo exigía remover los obs-

táculos que lo impedían e invertir capital en la agricultura, con medidas como las ayudas a los granjeros, la eliminación de la pesada y desigual contribución de los campesinos, el allanamiento de los obstáculos mercantilistas a la libre circulación de granos y la derogación de los «privilegios exclusivos» concedidos a ciertas manufacturas (especialmente las de lujo) que eran los responsables de la tendencia a desviar artificialmente capitales desde la agricultura a la industria.

La siguiente corriente del pensamiento económico ilustrado lleva a la creación de la economía política. Algunos de sus más prestigiosos nombres fueron los napolitanos **Antonio Genovesi** (*Lezioni di commercio o sia di economia civile*, 1765-1767), **Ferdinando Galiani** (*Dialogues sur le commerce des blés*, 1770) y **Gaetano Filangieri** (*La scienza della legislazione*, 1780). Todos ellos parten del análisis de cuestiones concretas, para terminar asentando una serie de soluciones racionales aplicadas para cada caso particular (la obra del primero, por ejemplo, nace del impacto causado por la terrible carestía napolitana de 1764 que le hace reflexionar sobre la enorme desigualdad entre los pobres y los ricos en la propia capital del reino, mientras que la del segundo se suscita tras el decreto francés de 1764 permitiendo la exportación de granos), pero siempre elaboradas al margen del mercantilismo y basadas en el principio de la libertad económica.

Sin embargo, fue el escocés **Adam Smith** quien, con su obra *The Wealth of Nations* (1776), puso la piedra fundacional de la economía como ciencia. Entre sus conceptos fundamentales figuran los de la división del trabajo, la distinción entre el valor intrínseco y el valor de cambio, y la ley de la oferta y la demanda. La consecuencia práctica inmediata es el establecimiento de la libre concurrencia y el rechazo al intervencionismo estatal, tras hacer una severa crítica al sistema de los monopolios y los privilegios propios del mercantilismo. Esta teoría económica es la expresión depurada de los deseos de la burguesía comercial e industrial, que encuentra los argumentos necesarios para presionar al gobierno en la política de apoyo a la libertad de comercio, la supresión de las barreras arancelarias (portazgos, pontazgos, puertos secos), la ruptura del proteccionismo a los decadentes gremios y la erradicación de la concepción feudal de la propiedad de la tierra. Sus ideas, que consideran al Antiguo Régimen incompatible con una prosperidad continuada de las poblaciones, anuncian ya una nueva época: la época de la revolución industrial y de la revolución liberal.

5. EL PROCESO DE DESCRISTIANIZACIÓN

Tras el esfuerzo de cristianización propio de las dos centurias anteriores, el siglo XVIII asiste a un proceso de «descristianización», que se puede enmarcar cronológicamente hacia 1750 en el entorno urbano de las grandes ciudades y

que se hará evidente más tarde, alrededor de 1780, en el ámbito rural. Siguiendo la exposición clásica de Michel Vovelle, el primer cambio en la conducta de los hombres del Setecientos se percibe en la actitud ante la muerte, que se manifiesta en el abandono de las mandas testamentarias como salvoconducto que garantizaba la vida eterna, en el descenso de la práctica de las fundaciones de misas, en la indiferencia con respecto al lugar de la sepultura, en la disminución de la demanda de oraciones para la salvación del alma y, por último, en el abandono del discurso cristiano en el preámbulo del testamento.

Otro indicador es el descenso en la frecuentación de los oficios dominicales, pese a estar prohibido, durante la celebración de la misa parroquial, el trabajo, la apertura de las tabernas, la celebración de mercados y ferias, el funcionamiento de comercios no estrictamente necesarios para la subsistencia y las distracciones profanas impropias del día del Señor. Este reflujó de la práctica religiosa no se encuentra exclusivamente ligado a la civilización industrial, la proletarización y la urbanización, sino que en vísperas de la Revolución francesa, aunque el 95% de la población rural cumplía con sus deberes pascuales, la observancia dominical había experimentado un claro retroceso. Lo que hay, pues, es una evidente ruptura en las presiones sociales que mantenían el conformismo religioso: ya no son suficientes los hábitos pueblerinos y familiares, la autoridad del clero local y la acción del señor (que «aunque fuera enciclopedista, consideraba deseable que el pueblo fuera practicante»), para mantener los niveles del siglo anterior.

También es relevante en este sofocamiento de la piedad tradicional la pérdida del miedo a las prohibiciones morales de la Iglesia en materia de sexualidad, según los datos proporcionados por la demografía. Los trabajos de Philippe Ariès han detectado el traspaso de la relación sexual a la esfera de lo privado y el desarrollo de una mentalidad malthusiana entre las clases acomodadas, para las que el matrimonio había dejado de tener la connotación exclusiva de la procreación. En efecto, la fecundidad legítima descendió con enorme rapidez al tiempo que se generalizó una mayor permisividad ante la concepción prenupcial, detectable en el incremento, sobre todo en la segunda mitad de la centuria, de los coeficientes de ilegitimidad a través de las admisiones de niños abandonados en el hospicio. El fenómeno sobrepasaba el marco meramente urbano, ya que las mujeres que habitaban en las campiñas próximas a las aglomeraciones urbanas se trasladaban a la ciudad para abandonar a sus hijos, sorteando así el control aldeano.

Otro de los capítulos en los que se muestra la descristianización es la crisis de las vocaciones, tal y como ha sido puesto de manifiesto por Thomas Tackett al constatar la «penuria de sacerdotes» en vísperas de la Revolución, por Bernard Plongeron al evidenciar la existencia de un declive en el nivel de

reclutamiento del clero regular y, para redondear el panorama, por Maurice Agulhon al mostrar la anemia que padecen las cofradías de penitentes (compuestas por funcionarios y mercaderes), cuyo celo se había entibiado y sus actividades laicizado hasta el punto de haber derivado, en muchos casos, a verdaderos servicios municipales de pompas fúnebres, pudiéndose además rastrear una transferencia de la sociabilidad a las logias masónicas. Un índice más de esta crisis es el de las medidas adoptadas en numerosos países católicos contra los conventos despoblados y las congregaciones en fase de extinción: el interés por la vida contemplativa declinó e incluso se hizo sospechoso desde mediados del Siglo de las Luces ya que el espíritu de la época era opuesto a la vida monástica, juzgada ociosa y carente de utilidad social.

Por último, el mismo fenómeno se ejemplifica con la mutación que transforma la producción impresa del Antiguo Régimen y se plasma en el desplazamiento de las lecturas de tipo religioso por las de contenido profano, fenómeno que emerge de manera diáfana tras la comprobación de dos datos estadísticos sobre la producción editorial. Primero, el hundimiento del libro religioso se constata para el caso francés a través de los índices aportados por el número de títulos censados en los registros de la *Administration de la Librairie*, que evidencia una progresiva caída desde el 50% en 1700 al 25% a mediados de la centuria y al 10% en 1780. Las cifras son incontestables y, si bien puede pensarse que es un caso particular debido a que Francia es el foco de irradiación de las Luces, el acercamiento a otras estadísticas de naciones que se encuentran en la banda oriental, que se incorporan más tarde y con menor dinamismo, no hace más que refrendar esta tendencia. Baste como ejemplo citar el caso húngaro (mayoría calvinista y minoría luterana) en el que a la altura de 1720 el libro religioso goza de buena salud (el 98%), aunque en torno a 1760 ya es perceptible el declive (el 84%), para descender de forma notable en 1800 (sólo el 40%). Aún es más evidente el caso polaco (de población eminentemente católica) que arroja un 85% de títulos de temática profana en los años finiseculares mientras que las lecturas de tipo religioso (biblias, devocionarios, libros de horas, vidas de santos, *Imitación de Cristo*, *Historia de los Judíos*, *Divinidad de Jesucristo*, etc.) sólo representan el 15% de las publicaciones.

El segundo dato se refiere al auge de circulación del libro prohibido, cuyo ejemplo más paradigmático es el de la *Enciclopedia*, de la que se habían vendido más de 25.000 ejemplares antes de 1789. En Francia, el público demanda libros de contenido erótico, político o anticlerical (el 60% de la producción del libro francés), títulos distribuidos bajo cuerda y ávidamente buscados, que contienen la innovación y la crítica, modifican la relación con las autoridades tradicionales, vacían de contenido los símbolos antiguos y conmueven los cimientos de los poderes establecidos tanto civiles como eclesiásticos. Es, pues, este movi-

miento desacralizador, tardío pero radical, de la producción impresa, que tiende ahora a otorgar mayor espacio a todos los libros en que se inventan relaciones nuevas entre el hombre, la naturaleza y el mundo social, una muestra inequívoca del proceso de descristianización desarrollado a lo largo del siglo XVIII.

En el Setecientos se asiste, en suma, a la «demolición de las creencias» a través de la crítica universal, el sometimiento a examen del cristianismo y las verdades reveladas y la reconstrucción de la «ciudad de los hombres». En cualquier caso, el proceso de descristianización no implicó el arraigo de posiciones más extremadas, como el ateísmo. Parte de las clases cultivadas de los países más desarrollados (como Francia, por ejemplo) abandonaron los dogmas cristianos y se inclinaron por el deísmo, aceptando la idea de la existencia de un dios, pero rechazando conscientemente lo esencial del dogma cristiano: la divinidad y la resurrección de Cristo y la eternidad del alma. La radicalización se opera con las obras de autores como Julien Offray de La Mettrie (*L'Homme machine*, 1748), Helvétius y el barón d'Holbach, que llegan a la conclusión de que la mecánica desemboca en el materialismo y que el orden natural puede prescindir del dios creador o guía universal tradicional. El proceso culminará cuando a fines de siglo Laplace demuestre que la «mecánica celeste» se sustenta a sí misma y que por tanto no es necesaria la «hipótesis de Dios». Con todo, el ateísmo siguió constituyendo una peligrosa osadía tanto en los países católicos como en los protestantes, por mucho que los descubrimientos científicos casasen mal con la cosmogonía narrada en el *Génesis*.

6. EL ARTE DEL SIGLO XVIII: BARROCO, ROCOCÓ, CLASICISMO Y NEOCLASICISMO

Una de las características más señaladas del siglo XVIII es la enorme complejidad de la evolución de los estilos artísticos. Si hasta ahora la secuencia que conducía desde el Renacimiento al Manierismo y al Barroco y al Clasicismo aparecía dibujada con líneas más o menos nítidas, en el Setecientos se produce la convivencia entre los últimos fulgores del Barroco, la prolongación de la tradición clasicista (réplicas versallescas, edificios oficiales, sugerencias académicas), la decoración rococó que convive a veces con severos exteriores, la reinterpretación austera de las formas antiguas por el neoclasicismo e incluso el anuncio de un mundo nuevo en las fantasías neogóticas de finales de siglo o en las anticipaciones geniales de artistas como Goya.

El prestigio del Barroco italiano permite en el siglo XVIII la aparición de nuevas obras maestras en las distintas cortes de la península, pero al mismo tiempo la internacionalización de sus propuestas gracias a la emigración de sus artistas a

otros países europeos, donde su producción influye poderosamente sobre las escuelas locales, como es el caso de **Filippo Juvarra**, que trabaja tanto para la nueva dinastía real saboyana (Basilica de Superga, 1717-1731, y Palazzina de Stupinigi, 1729-1733) como para la corte española (Palacio de La Granja de San Ildefonso, 1736, y Palacio Real de Madrid, ambos continuados por **Giambattista Sachetti** y el último finalizado por **Francesco Sabatini**). En otros ámbitos, el arquitecto **Georg Wenzeslaus von Knobelsdorff** construye para Federico II de Prusia el palacio de Sans Souci en Potsdam (1747), mientras en Viena trabajan **Johann Lukas von Hildebrand**, constructor del palacio del Belvedere (finalizado en 1723), y **Johann Fischer von Erlach**, constructor del palacio de Schönbrunn (1700) y de la emblemática iglesia de San Carlos Borromeo (1721).

Al lado de estas obras mayores, no debe dejar de señalarse la existencia de un Clasicismo funcional, que triunfa sobre todo en la arquitectura de los numerosos edificios destinados a albergar las oficinas gubernamentales (desde las de correos a las de aduanas), los establecimientos vinculados a las necesidades económicas (las cámaras de comercio, los consulados o las reales fábricas), las fundaciones militares (escuelas de oficiales y de guardiamarinas, cuarteles y arsenales) y las instituciones académicas y científicas. Algunas de las manufacturas reales, por otro lado, se destinan al suministro de los complementos exigidos por las construcciones oficiales: son las reales fábricas de muebles, de vidrio, de tapices o de porcelanas, que constituyen uno de los capítulos más representativos de la intervención pública de las monarquías de la Ilustración.

El Barroco sufre algunas metamorfosis que alargan su vigencia, especialmente si consideramos que el estilo artístico (y literario) llamado Rococó no es más que una última derivación del Barroco, como quiere Victor-Lucien Tapié:

El Rococó ha sido, sobre todo, en Europa Central, un manierismo del Barroco, un modo de reincidir sobre sus procedimientos y debilitar su alcance exagerándolos, a veces, también un Barroco trasplantado a un tono menor, con mayor ingenuidad y suave gracia.

Así, la arquitectura adopta el suntuoso sentido ornamental del Rococó desde principios de siglo: los mejores ejemplos se encuentran en la Alemania de los trescientos principados, con conjuntos tan espléndidos como la residencia episcopal de Würzburg (obra de **Baltasar Neumann**), el palacio del Zwinger de Dresde (construido por **Matthes Daniel Pöppelmann**) o el pabellón del Amalienburg (dentro del conjunto del palacio barroco de Nymphenburg, en Munich, diseñado por **François Cuvilliés**). El vértigo decorativo desborda, sin embargo, las construcciones civiles e invade las edificaciones religiosas del mediodía católico, con obras tan significativas como la bellísima iglesia de peregrinación de Wies (o mejor, *an der Wies*, debida a **Dominicus Zimmermann**). Al

lado de la exuberancia alemana, debe citarse al menos la tarea desarrollada en Rusia por el arquitecto italiano **Bartolomeo Francesco Rastrelli**, a quien se deben los edificios del Palacio de Invierno en San Petersburgo y del cercano Palacio de Verano de Tsárskoie Seló (actualmente Pushkin).

La escultura rococó se manifiesta tanto en la estatuaria exenta como en la profusa decoración de palacios, iglesias, bibliotecas, jardines, pabellones o residencias privadas (*hôtels, maisons de plaisance, folies, casinos, casitas*, etc.), pobladas de efigies de magnates, divinidades paganas, santos católicos y figuras alegóricas de la más variada índole. En la pintura el introductor de la nueva sensibilidad es **Jean-Antoine Watteau**, artista genial que inventa el género de las *fêtes galantes*, dulces reuniones en amenos jardines donde se rinde tributo al amor bajo la mirada de benévolas divinidades de mármol. Los mejores continuadores de su espíritu son sin duda **François Boucher**, pintor de figuras plenas de erotismo en sugerentes escenarios, y **Jean-Honoré Fragonard**, pintor también de sensuales escenas, donde un soplo de agitación y una punzada de melancolía anuncian ya la sensibilidad del romanticismo.

La profusión decorativa del Barroco y el Rococó produjo un cansancio en el gusto de los ilustrados que finalmente un grupo de intelectuales y artistas afincados en Roma a comienzos del último tercio del siglo supo traducir en un estilo directamente sugerido por las formas del arte griego o del primer arte romano, el Neoclasicismo. La escultura neoclásica encontró a su máximo representante en **Antonio Canova**, converso al credo de la estética de **Johann Joachim Winckelmann** y del valor ideal de la estatuaria griega. El neoclasicismo hace su fulgurante aparición en el mundo pictórico con **Jacques Louis David**, cuya obra se constituye en la perfecta expresión de las virtudes republicanas. El epigonismo neoclásico queda testimoniado en Italia por las composiciones del danés **Bertel Thorvaldsen**, en Inglaterra por los proyectos arquitectónicos de **John Soane** y en Alemania por la multifacética actividad de **Karl Friedrich Schinckel**, ya en el primer tercio del siglo XIX.

Finalmente, **Francisco de Goya** no sólo fue el mejor pintor de su época y el artista que mejor supo explorar todas las posibilidades abiertas por la evolución estilística del siglo, sino, sobre todo, el observador que mejor supo expresar con su pintura los sentimientos que van desde el espíritu optimista del reformismo ilustrado hasta el desengaño generado por el fracaso de las esperanzas puestas en el progreso pacífico de la humanidad gracias al imperio de la razón y la filantropía. El artista camina desde sus amables pinturas de juventud (*El quitasol*) hasta sus críticas series de grabados (*Caprichos, Desastres de la guerra, Disparates*), su patético testimonio de la represión francesa (*Los fusilamientos del tres de mayo*) o las enigmáticas y terribles pinturas negras de la Quinta del Sordo. Testigo de una época turbulenta, Goya fue extremadamente sensible a las ilu-

Bloque V Siglo XVIII: Europa

siones de una centuria confiada en el progreso de la humanidad en alas de la razón y también a las tormentas espirituales que se abatieron sobre los años finales del Antiguo Régimen y presidieron el nacimiento de una nueva edad de la historia de la humanidad.

El Setecientos fue un siglo aficionado a la música: la época de la dorada madurez de la música barroca y la de la consagración del clasicismo musical. Son muchos los compositores dieciochescos que deben incluirse entre las grandes figuras de la música de todos los tiempos: **Antonio Vivaldi** en Italia, los italianos **Domenico Scarlatti** y **Luigi Boccherini** en España, **Jean Philippe Rameau** en Francia, **Johann Sebastian Bach** en Alemania (con obras inmortales, como el *Clave bien temperado* o el oratorio de *La Pasión según San Mateo*) y el alemán **George Friedrich Haendel**, que trabaja sobre todo en Inglaterra y destaca por sus grandes oratorios (*The Messiah*) y por sus populares composiciones para amenizar las fiestas cortesanas al aire libre, como son la *Watermusic* y la *Firework music*, es decir, la música para los reales fuegos de artificio, una de las diversiones más típicas del Antiguo Régimen. Por su parte, la mayor figura del clasicismo musical es **Franz Joseph Haydn** (compositor de más de cien sinfonías), mientras **Ludwig van Beethoven** también escribe su obra de juventud bajo los mismos parámetros, antes de adentrarse en su personal revolución artística que le llevará a ser el iniciador de una nueva época en la historia de la música.

El siglo XVIII asistió asimismo a la consagración de la ópera italiana, con las obras ligeras e ingeniosas de **Giambattista Pergolesi** (*La serva padrona*, 1733), **Giovanni Paisiello** (*La bella molinara*, 1788) y **Domenico Cimarosa** (*Il matrimonio segreto*, 1791). Sin embargo, el máximo protagonista de todos los géneros operísticos (y también de todos los géneros musicales) es **Wolfgang Amadeus Mozart**, cuyas obras maestras se suceden hasta desembocar en su famoso *Requiem* y en su magistral composición para la escena *Die Zauberflöte* (1791), donde la inspiración masónica del rito de iniciación mística de los protagonistas y la exaltación de la conducta conforme a la naturaleza de la pareja cómica se diluyen en el esplendor de la fantasía y el anhelo ilustrado de felicidad que nos sigue comunicando el autor por obra y gracia de su genio musical.

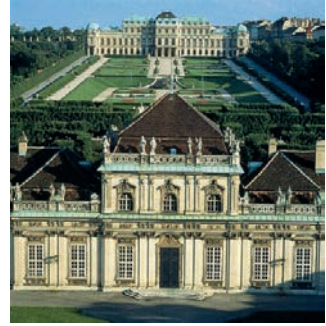


Georg Wenzeslaus von Knobelsdorff:
Palacio de Sans Souci, Potsdam.

Tema 6 La cultura de la Ilustración



Filippo Juvarra: Basílica de Superga, Turín.



Johann Lukas von Hildebrand: Palacio del Belvedere, Viena.



Johann Fischer von Erlach: Iglesia de San Carlos Borromeo, Viena.



Baltasar Neumann: Residencia episcopal de Würzburg.



Matthes Daniel Pöppelmann: Palacio del Zwinger, Dresde.

Bloque V Siglo XVIII: Europa

François Cuvilliés: Pabellón del Amalienburg, Munich.



Dominicus Zimmermann:
Iglesia de peregrinación de Wies.

Bartolomeo Francesco Rastrelli:
Palacio de Verano, Tsárskoie Seló,
Pushkin.



Tema 6 La cultura de la Ilustración



Jean-Antoine Watteau:
Peregrinación a la isla de Citérea.
Museo del Louvre, París.

Antonio Canova:
Perseo con la cabeza de Medusa.
Museos Vaticanos,
Roma.



François Boucher:
*Mademoiselle Marie-Louise
O'Murphy.*
Alte Pinakothek, Munich.

Bloque V Siglo XVIII: Europa



Jacques Louis David:
El rapto de las Sabinas.
Museo del Louvre,
París.

Jean-Honoré Fragonard:
El columpio.
Colección Wallace,
Londres.



Bertel Thorvaldsen:
Ganimedes.
Museo Thorvaldsen,
Copenhague.



Francisco de Goya:
El Quitasol.
Museo del Prado,
Madrid.

Francisco de Goya:
Fusilamientos del tres de mayo.
Museo del Prado,
Madrid.



Francisco de Goya:
«El sueño de la razón produce monstruos», de la serie
Caprichos. Museo del Prado,
Madrid.

7. LA PRESIÓN SOBRE LA CULTURA POPULAR

En la época de las Luces culminó el proceso, iniciado el siglo anterior, de la separación entre la cultura de élites y la cultura popular tradicional. Si durante un largo primer período del Antiguo Régimen, la cultura popular se nos aparecía como un conjunto de saberes y gestos perfectamente coherentes, como un patrimonio común de las diversas clases sociales, como una cultura en convivencia y fructuosa relación con la cultura erudita, a medida que avanzan las corrientes ilustradas se comienza a atisbar un período que marca el declive de la cultura popular, poniéndose fin a la «circularidad» (según la expresión de Mijaíl Bajtín), a la relación de comunicación e intercambio entre ambas culturas, a la doble corriente de la cultura erudita que «desciende» hasta el pueblo y la de la cultura popular que «asciende» hasta el círculo erudito.

En efecto, en la época del racionalismo la cultura popular se encuentra en trance de perder su coherencia al producirse una mutación en los intereses y las fuentes que conforman el imaginario colectivo, sucumbiendo ante la presión de la cultura dominante. En la etapa anterior ambos estratos compartían un amplio conjunto de saberes y gestos: la cultura del cuerpo (fiestas, juegos, danzas y violencias), la de la palabra (cuentos, leyendas, baladas y refranes) y la de la imagen (estampas, retablos, vidrieras, espectáculos). Igualmente, estaban inmersos en la misma «cultura del miedo» (Jean Delumeau), derivada de la inseguridad física (hambre, frío y muerte) y de la inseguridad psicológica (miedo a los animales —lobo o perro rabioso—, a los hombres —bandidos o nigromantes—, a los espíritus —demonios o fantasmas—, a la noche, «el dominio privilegiado de la angustia humana», a los acontecimientos excepcionales —monstruos, terremotos o cometas—, al cuerpo humano —de funcionamiento misterioso— y a las fuerzas que dominan el mundo dentro de una cosmovisión fundamentalmente animista). Por el contrario, en el siglo XVIII la cultura popular aparece a la defensiva, al verse rechazada por las élites políticas y religiosas, como el mundo de la «superstición» y la «inmoralidad». En suma, sufre un proceso de alienación, que la deja en una posición inferior y marginal, sin contacto con la alta cultura de los dominantes.

Las causas de este repliegue son variadas y profundas. En primer lugar, la evolución de la economía condicionó, de manera general, el destino de la cultura popular. En segundo término, el repliegue de la cultura popular se explica por una «ofensiva victoriosa de los poderes» (según la expresión de Bernard Cousin). Por un lado, el Estado absolutista, promotor de una política de centralización, se empeñó en imponer la uniformización y rechazar la «alteridad», decidido a conseguir la obediencia y el respeto a su autoridad. Por otro, las iglesias surgidas de las dos reformas fueron el elemento activo de la ofensiva de

aculturación. Una ofensiva que iba dirigida contra una cultura popular incriminada desde el punto de vista teológico como «pagana» y «supersticiosa» y, desde el punto de vista moral, como «materialista» y «licenciosa». Finalmente, la ofensiva contó con el apoyo, cada día más nutrido, de los grupos sociales dominantes: un clero con mayor bagaje cultural (elevado social e intelectualmente por encima de sus feligreses), una nobleza domesticada en una Corte donde aprendió «civilización», y una burguesía, cuyos saberes (distintos de los del vulgo) constituían una forma de capital susceptible de ser invertido en una empresa de autopromoción.

La represión moral («el triunfo de la Cuaresma») fue dirigida hacia el carácter licencioso de la cultura popular. Las críticas se centraban en las conductas populares como exaltación de la indecencia, además de poner de relieve que las celebraciones eran ocasión de derroche, los juegos daban pie a la violencia y las fiestas eran vehículo de la subversión. Los mecanismos empleados contra esas costumbres licenciosas fueron varios. Primero, la represión de las costumbres sexuales, derivando lo sexual hacia la esfera de la intimidad, librando una batalla por una concepción más depurada del matrimonio (como fue puesto de relieve por Jean-Louis Flandrin) e incorporando delitos sexuales a los tribunales civiles y eclesiásticos (homosexualidad, incesto, amancebamiento y poligamia). Segundo, la persecución de los «ritos de la violencia», de los excesos violentos de una cultura «corporal y agresiva» presentes en muchos juegos y diversiones. Y tercero, la dispersión de las «abadías de desgobierno», quedando prohibidas las fiestas de inversión (Carnaval, *World Upside Down*, *Mondo alla Rovescia*, Coronación de la Locura o fiestas de los Necios, del Ciervo, del Asno, *L'asouade*) y quedando desvirtuadas las acciones juveniles con resabios de violencia colectiva (cencerradas, *haberfoldtreiben*, *aubades*, *charivaris*, *tin-pan serenades*, *mayos*, *jeunesses*).

Pese a la pérdida de la coherencia de la cultura popular, a su atrincheramiento a la defensiva y a su expulsión a los márgenes, se puede detectar a finales del siglo XVIII una nostalgia de las formas populares por parte de las clases privilegiadas. De modo que esa cultura en trance de desaparición pudo ser objeto de un interés último por parte de los intelectuales europeos de fines del Antiguo Régimen: los folkloristas dieciochescos (anticipándose a los escritores románticos del siglo XIX) redescubrieron la belleza de esas «microculturas» pintorescas y exóticas que eran las herederas de la cultura popular de los tiempos modernos, aunque en todo caso, se tratara de la «belleza de lo muerto». En torno a 1760 se inició un proceso de descubrimiento y valoración de canciones, baladas y tradiciones populares por parte de los eruditos, pese al rechazo de las lenguas no oficiales. Después de haber abandonado su pertenencia vital a la cultura tradicional, los eruditos la redes-

cubrían como algo externo, vinculado a los campesinos y representativo del carácter nacional. Los intelectuales veían en las fiestas campesinas el reverso y el antídoto de las diversiones del proletariado urbano, por lo que las idealizan y las desvirtúan.

Se puede apreciar así una dicotomía en las actitudes de las élites de fines de siglo. Por un lado, era un hecho que habían dejado de compartir buena parte de la mentalidad del pueblo, expresaban su disgusto por las formas espontáneas y violentas de los comportamientos populares e intentaban imponer un modelo de conducta inspirado en criterios de racionalidad laboral y de subordinación social y política. Sin embargo, por otro lado, estas mismas clases dominantes experimentaban una cierta añoranza de la cultura popular. Sirva como ejemplo, la ya citada construcción en Versalles de la famosa aldea campesina (*Le Hameau*), por cuyas dependencias María Antonieta se paseaba disfrazada de pastorcilla. O la tendencia en España de los integrantes de la sociedad adinerada a seguir la moda castiza en la indumentaria, asistiendo vestidos con trajes populares madrileños (de majas o chisperos) a las fiestas al aire libre, mientras reclaman la continuidad de la fiesta de los toros, en plena efervescencia de las medidas prohibitivas contra los pasatiempos de las clases subalternas (corridas, comedias fantásticas, mojigangas o riñas de gallos).